

IV

LA DOMINACION CARTAGINESA

31. Los cartagineses en España.—Como hemos dicho ya (§ 27), la intervención armada de los cartagineses se convirtió pronto en dominación, absorbiendo á las antiguas colonias fenicias de España y obligándolas á depender directamente de Cartago. Apoyada esta ciudad en los nuevos dominios, continuó sus luchas con los griegos colonizadores del Mediterráneo, y principalmente contra Marsella, aliándose con un pueblo italiano (los etruscos ó tirrenos), que por entonces era poderoso y que combatía también la expansión griega por el Occidente de Europa. En estas luchas, destruyeron algunas colonias foceas, como la de Mainake en la costa S.; pero no lograron desarraigar de la Península á los griegos, que, sobre todo en el Este, continuaron ocupando extensos territorios y difundiendo su comercio.

Para asegurar su dominación, implantaron los cartagineses en España el régimen que usaban en África, más militar y opresor que el de los fenicios. Pusieron guarniciones en las ciudades principales; trajeron colonos y trabajadores de la Libia, y sujetaron fuertemente á muchas tribus españolas con tributos en dinero y servicios. Explotaron activamente las minas riquísimas de plata del Sur, y quizá también las de otras regiones, unas en favor de importantes casas de comercio de Cartago, y otras en provecho del erario público; y continuaron en gran

escala el tráfico de mercaderías. Cartago era entonces el centro de todo el comercio occidental y meridional, comunicándose con los países del S. y E. de África y por medio de éstos con los asiáticos.

32. Conquista general de España.—Por aquel entonces, así como antes se disputaron el dominio del Mediterráneo y su comercio los ibero-libios de un lado y los egipcios y fenicios de otro, y luego los fenicios y los griegos, había, como hemos visto, tres pueblos que deseaban lo mismo: los griegos, ya en decadencia, especialmente en el O.; los cartagineses, que eran poderosísimos, y los etruscos. Pero en el siglo VIII hubo de iniciarse en Italia un nuevo poder político, el de los romanos, que sobre la base de la ciudad de Roma comenzó á fundar un Estado, bastante poderoso ya en el siglo IV, que absorbió el de los tirrenos y se extendió por la parte central y algo de la meridional de aquella península. Por el S. lindaba con posesiones de los griegos y de los cartagineses, que ocupaban parte de Sicilia.

Era natural que surgieran rivalidades entre romanos y cartagineses. Los romanos, poseídos de gran ambición política, veían en Cartago un rival temible para sus planes de engrandecimiento. Durante mucho tiempo, sin embargo, mantuviéronse en paz, celebrando tratados de comercio y dividiéndose en parte el dominio del Mediterráneo; pero al cabo estalló la guerra en Sicilia, en la cual venció Roma arrojando de la isla á los cartagineses. Esta primera guerra, en que tomaron parte tropas españolas, sobre todo de las Baleares, aliadas de los cartagineses, y que terminó en el año 242, se llamó *púnica* (del nombre peno ó *pheno* de los fenicios=*phenicios*), lo mismo que las siguientes que hubo entre Roma y Cartago.

La victoria de los romanos dolió mucho á los verdaderos patriotas cartagineses, sobre todo á los militares. Era de éstos el más renombrado Amílcar, general que fué en la guerra de Sicilia, el cual comprendió que se hacía indispensable, de un lado, compensar con nuevas conquistas la pérdida de Sicilia, y de otro, allegar fuerzas para tomar el desquite contra Roma. Con esta idea, después de haber sido nombrado general en jefe del ejército cartaginés de Africa, con atribuciones grandes é

independencia del gobierno de Cartago, desembarcó de pronto en España (año 236) y comenzó á conquistar nuevos territorios. No logró la conquista sin lucha; porque, si bien obtuvo alianzas con algunos pueblos españoles, otros le opusieron gran resistencia, y entre ellos los Turdetanos (ó Celtas) acaudillados por un jefe que se llamaba Istolacio, y los Lusitanos por otro llamado Indortes. A uno y á otro venció Amílcar, el cual se condujo bien con la mayoría de los vencidos prisioneros, pero hizo crucificar á los jefes. No terminó con esto la guerra. Otro grupo de españoles, los de *Elice* (población que no se sabe á punto fijo á cuál de las modernas corresponde), se levantó contra los cartagineses. Cuéntase que un jefe ibero llamado Orisson, fingió unirse á Amílcar en contra de los de Elice, pero con propósito de hacerle traición. Los españoles usaron de una estratagema. Pusieron al frente de ellos todos los carros ó carretas de que disponían, con toros y bueyes uncidos; untaron las astas de éstos (ó los carros) con betún, y les pegaron fuego; con lo cual, desparvoridos y furiosos los animales, comenzaron á correr acometiendo á los cartagineses y dispersándolos. Aprovechando esta circunstancia, volvióse Orisson contra Amílcar y contribuyó á su derrota. El propio general cartaginés dicese que murió en esta batalla.

33. El imperio de los Barcas.—La conquista militar de la Península estaba, sin embargo, empezada sólidamente. Amílcar no sólo venció á muchos pueblos, sino que aumentó el ejército é hizo construir algunos fuertes, entre ellos uno muy poderoso que se conoce con el nombre griego de Acra-Leuka (Peñíscola?). Se ha dicho también que fundó á Barcelona, sin que parezca ser cierto; leyéndose en un autor antiguo que esta ciudad es de procedencia fenicia, afirmación que tampoco se halla comprobada.

Sustituyó á Amílcar en el mando del ejército su yerno Asdrúbal Barca, que era jefe de la escuadra, el cual continuó la guerra y venció á Orisson. Logrado un período de paz, Asdrúbal aplicó una política dulce y conciliadora en sus relaciones con los españoles. Estableció alianzas, fomentó los casamientos entre sus soldados y mujeres iberas, y él propio casó con una princesa española. Hizo, en una palabra, todo lo posible para

halagar á los indígenas, y echó así los cimientos de un gran imperio. Su capital fué Cartago Nova (Cartagena), que fundó ó amplió sobre la base de una ciudad anterior (Mastia), haciendo en ella grandes obras militares y civiles (el puerto, el templo de Melkart, almacenes, etc.), y construyendo para sí un magnífico palacio, de gran lujo.

La situación especial que los generales del ejército tenían entonces, siendo en cierta manera independientes del gobierno de Cartago, les daba gran libertad y casi la condición de soberanos. El gobierno cartaginés dejó que Amílcar y Asdrúbal realizasen la conquista de España, sin preocuparse del fin que podrían llevar, y contentándose con las ganancias que obtenían la hacienda y el comercio. Los *Barcas*, aprovechando esta libertad, vivían como reyes en su imperio español. Asdrúbal fué asesinado próximamente á los 16 años de tener el mando.

Sucedió á Asdrúbal, en el mando del ejército, Aníbal, hijo de Amílcar, heredero de las grandes condiciones militares de su familia y de los planes políticos de su padre. Era Aníbal un mozo cuando fué elegido (26 ó 29 años), pero ya probado en la guerra, sufrido, valiente, de notable talento natural, de grandes miras, muy amante del predominio de su pueblo y, por tanto, enemigo declarado de Roma. Confiado en su fuerza, después de haber organizado bien el ejército en el cual formaban muchos españoles, y de haber asegurado su poder en la Península mediante una expedición por las Castillas—en que venció á los Vacceos, Olcades y Carpetanos, tomó á Salamanca y otras poblaciones y estableció varios fuertes—buscó un pretexto para romper con los romanos.

34. La cuestión de Sagunto.—Los romanos, como enemigos de los cartagineses, tendían naturalmente á proteger á los griegos y sus colonias del Mediterráneo, contra quienes aquéllos luchaban de continuo. Con las colonias marselesas de España siguieron igual sistema, celebrando tratados de alianza con ellas y especialmente con Emporion. Los autores romanos pretenden que también se celebró tratado con una ciudad situada más al S., llamada Sagunto, considerándola como colonia fundada por los griegos de Zacinto ó Zakyntos. Pero esta es una opinión puesta hoy muy en duda, creyéndose más

bien que Sagunto era una población indígena ó quizá fundada, ó colonizada, por gentes venidas de Italia.

Tocante á España, los romanos habían celebrado con los cartagineses, antes de esta época, un tratado (año 348), en que se fijaban como límites para las correrías de los primeros la región de Mastia (Cartagena). Dúdase si este tratado fué reproducción de otro anterior que se cree celebraron los griegos de Marsella con los fenicios, según se dijo; los límites coinciden en parte. No se sabe si en él se mencionaba á Sagunto como población aliada de los romanos y que debían respetar los cartagineses.

Más tarde, en tiempo de las campañas de Asdrúbal, se celebró otro tratado (226), en el cual se obligó el general cartaginés á no pasar del Ebro, más bien para no intervenir en la lucha que entonces sostenían los romanos con los celtas, que para fijar, como límite de sus conquistas, aquel río. En este tratado se consignó el respeto que los cartagineses habían de guardar á las colonias griegas aliadas con Roma; pero tampoco se sabe si se mencionaba en él á Sagunto, aunque los autores romanos colocan en esta época (223) la fecha de los tratados con esta ciudad y Emporion. No obstante, hoy día creen muchos historiadores que la alianza con Sagunto fué muy posterior al tratado con Asdrúbal.

El hecho es que, teniendo Sagunto cuestiones con algunos pueblos comarcanos aliados de los cartagineses, Aníbal intervino, dando la razón á sus aliados. Protestaron los saguntinos de la decisión, y Aníbal, tomando por ofensa este acto, atacó á Sagunto. En algún historiador antiguo romano se cita el hecho de tumultos ocurridos en la ciudad, en los cuales intervinieron los romanos como árbitros, dando la muerte á varios vecinos principales, y señalando así un elemento nuevo de complejidad en el caso de Sagunto, que quizá influyera en la intervención de Aníbal. Sea de esto lo que fuere, los romanos, así que tuvieron noticia del ataque (219 antes de Jesucristo), lo consideraron como una violación del tratado hecho con Asdrúbal, y enviaron una embajada á Aníbal para que desistiese de molestar á un aliado de Roma. Aníbal siguió sitiando á Sagunto, que era entonces una de las ciudades más poderosas del litoral de Levante,

habiéndose elevado rápidamente á este poder por su comercio de tierra y de mar y por el aumento de la población. Los romanos, en vez de enviar un ejército para defender á su aliada, se contentaron con dirigir nuevos embajadores á Cartago. La cuestión no debía estar muy clara, porque el senado cartaginés discutió si Sagunto se hallaba ó no comprendida en los tratados, y hasta negó eficacia al del año 226, no atreviéndose á desautorizar á Aníbal, aunque algunos amigos de la paz así lo pedían.

Probablemente, lo que en este caso hicieron los romanos (y lo que pretendían que se aceptase) fué interpretar extensamente una cláusula general, aplicándola á todos los aliados de ambas partes; por el contrario, los cartagineses sostenían que sólo debían considerarse comprendidos en el tratado los pueblos nombrados expresamente. Mientras se discutía así la cuestión diplomática, entregados los saguntinos á sus propias fuerzas, se defendieron heroicamente, prefiriendo morir antes que aceptar las condiciones de rendición que fijó Aníbal. Éste asaltó la ciudad y, á pesar de que los saguntinos trataron de perecer todos y de quemar sus riquezas, cogió muchos prisioneros, que distribuyó entre sus soldados, y gran botín de dinero, vestidos y muebles, parte del cual envió á Cartago. Esta victoria, y el amor propio de los cartagineses herido por la altivez de un embajador de los romanos, hicieron que, aceptando lo hecho por su general, se decidiesen á la guerra con Roma (año 218).

35. Entrada de los romanos en España.—Entretanto Aníbal, cuyo pensamiento (no sospechado por nadie entonces) era ir á Italia por tierra, atacando á los romanos en su propio suelo, reorganizó y aumentó el ejército, envió á Cartago refuerzos en los cuales iban muchos españoles, y emprendió la marcha en dirección á Italia con 100,000 infantes, 12,000 jinetes, 40 elefantes y gran número de máquinas de guerra y de bagajes de conducción para las provisiones. Pasó el Ebro y tuvo que detenerse á luchar con varias tribus españolas y con las colonias griegas, que se le opusieron en el camino, las venció, y, dejando en la parte que hoy es Cataluña un ejército defensivo, traspuso los Pirineos.

Los romanos descuidaron mucho la guerra en un principio. Sin sospechar que el propósito de Aníbal fuese ir á Italia, no

pensaron que lo conveniente era detenerle el paso en la propia España, enviando allí un ejército que sirviese, además, de apoyo á los aliados de Roma. Cuando lo hicieron así, ya Aníbal estaba en el S. de Francia. No obstante, el general romano Cneo Escipión desembarcó con un ejército en Emporion y, después de procurarse alianzas con los indígenas, atacó al general cartaginés dejado en Cataluña por Aníbal, vencéndole (año 218) y destruyendo luego la escuadra. Con estas ventajas, pasó el Ebro, y, en unión de su hermano Publio Escipión, general también que vino con nuevas tropas, llega hasta Sagunto y vence á Asdrúbal, obteniendo otras victorias en la Turdetania.

No se conocen bien las vicisitudes de esta guerra, en que los soldados romanos pusieron el pie por primera vez en España; pero sí la conducta que siguieron en ella los españoles, los cuales se dividieron, ayudando unos á los cartagineses, y otros á los romanos. Al cabo, Asdrúbal, que había ido á Cartago y vuelto con nuevas tropas, entre ellas muchas africanas al mando de su rey Massinisa, venció á los dos Escipiones, que murieron (211). El ejército romano se rehizo, no obstante, bajo la dirección de un oficial llamado C. Marcio, al cual se unió más tarde otro general, Claudio Nerón, que logró derrotar á Asdrúbal, pero sin obtener ventajas decisivas, por lo que fué destituido de su cargo.

36. Publio Cornelio Escipión.—Fin de la dominación cartaginesa en España.—Mientras tanto, Aníbal había derrotado diferentes veces á los romanos en Italia, por lo cual todos los esfuerzos del gobierno de Roma se dirigían á reparar las derrotas sufridas y librarse del general cartaginés. Para la guerra de España no encontraban general, hasta que se presentó Publio Cornelio Escipión, hijo de uno de los Escipiones muertos en la Península, y, aunque su categoría y su edad no eran para ser jefe del ejército, lo nombraron, en parte por consideración á las mencionadas circunstancias de familia. Escipión vino á España, y, con más fortuna y arrojo que pericia militar, no sólo derrotó diferentes veces á sus enemigos, sino que se apoderó desde luego, auxiliado por barcos indígenas, de la principal ciudad militar que aquí tenían los cartagineses (Cartagena), donde encontró gran cantidad de provisiones, armas y

dinero. Para congraciarse con los españoles, prometió á los prisioneros que tenían allí los cartagineses devolverles la libertad así que terminara la guerra, y cuéntase que además devolvió una joven indígena de gran hermosura que le había sido ofrecida como sierva y que estaba para casarse con un príncipe celtíbero llamado Alucio. Esta conducta le procuró la alianza de muchos españoles, entre ellos Indíbil y Mandonio, jefes de los Ilérgetes. Cádiz se rindió por traición de los africanos aliados de Cartago (año 206), y las demás plazas cartaginesas ó aliadas de los cartagineses fueron cayendo en poder de las tropas romanas, algunas no sin heroica resistencia, al igual de Sagunto, como Astapa (Estepa la Vieja, en la provincia de Córdoba), Cástulo, Illiturgi y Ossigi.

Resultado de todas estas victorias, fué que los cartagineses abandonaran la Península, concluyendo así su dominación (año 206), que duró unos cuatro siglos, sustituyéndolos los romanos. La guerra con éstos siguió en Africa hasta la destrucción de Cartago, años después (146). Las Baleares se sostuvieron en poder de un general cartaginés por bastante tiempo, pirateando.

37. Efectos de la dominación cartaginesa.—Organización de las colonias españolas.—Los cartagineses respetaron las leyes é instituciones de las antiguas colonias fenicias, así como las de los pueblos indígenas, contentándose con que reconociesen la supremacía del pueblo cartaginés y con que dieran auxilios en hombres y dinero: tocante á lo cual, como hemos dicho, solían ser rigurosos.

En las ciudades propiamente cartaginesas, el gobierno era igual ó parecido al de la metrópoli. Había jefes ó gobernadores en número de dos, llamados *suffetes*, una Asamblea ó Senado de aristócratas y otra del pueblo, y delegados de la capital que acompañaban al general del ejército, con el nombre de *gerusias*, especie de vigilantes ó inspectores del Gobierno central.

El objeto principal de los cartagineses era el comercio y, como consecuencia, lo más respetado por ellos, la riqueza. Los ricos, los grandes mercaderes, fueron los que dominaron hasta los tiempos de Aníbal, en que logró cierta superioridad el partido popular.

Cartagena, que era el tipo de las colonias en España, fué el centro comercial desde que se fundó. Teniendo cerca las riquísimas minas de plata que explotaban los cartagineses, se constituyó en un gran mercado adonde acudían los barcos extranjeros para comprar productos españoles, y los indígenas para proveerse de las mercaderías que llegaban por mar. Allí afluyó la producción de la plata y se establecieron fábricas de acuñación de moneda, así

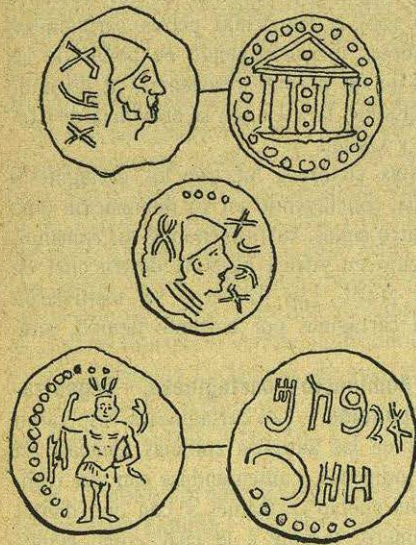


Fig. 24.—Monedas cartaginesas de Málaga y Ebusus.

yenda fenicia. En este orden influyeron notablemente los cartagineses en España, siendo los principales propagadores de la moneda, lo cual da idea de la extensión é importancia de su comercio. Los Barcas batieron en el siglo III algunas de tipo completamente nuevo, que llevan figuras de dioses (Ceres y Hércules), de caballos, palmeras y elefantes, proas de barcos y cabezas de reyes con nombres, representando quizá aliados de aquellos generales.

El alfabeto cartaginés se extendió mucho por España, así como su religión, y en especial el culto de ciertas divinidades.

En punto á las artes, no nos quedan monumentos de importancia, salvo algunas necrópolis (v. gr. la de Baria-Villaricos), pero sí algunos restos y las figuras de las monedas; debiendo tenerse en cuenta que la mayoría de los objetos de carácter fenicio que se hallan en la Península (§ 26) son, sin duda, de la época cartaginesa. Se sabe que en este tiempo se construyeron palacios, templos y carreteras. A los cartagineses se atribuye la introducción en España de la cerámica de color claro, bien cocida y á veces adornada con bandas de pintura roja, que se ha mencionado antes (§ 15); de las sepulturas de incineración en cavidades, ó en urnas de arcilla roja ó amarilla clara, monocromas, con bandas de color y adornos de estilo geométrico, flores, y figuras animales y humanas; de los sables ondulados que se encuentran en algunas sepulturas y que se cree tomaron los cartagineses de los griegos, quienes los usaban en el siglo V; y, dudosamente, de los vasos de tipo griego ó italo-griego de figuras en rojo (siglos IV-III) que se hallan en los enterramientos de la época.

El resultado de sus relaciones con los españoles, especialmente á causa de los muchos colonos africanos que trajeron, fué cambiar en parte las costumbres y el tipo de la población en Andalucía; derivando de su influencia particularmente el persistir aun siglos después, como hemos dicho (§ 25), el aspecto fenicio de muchas localidades. En las monedas persistió también, por mucho tiempo, la leyenda púnica.

Desde el punto de vista de la raza, conviene advertir que, tanto los fenicios como los cartagineses de ellos derivados, aunque hablaban un idioma semita, no eran antropológica ni históricamente de la raza de los semitas puros (hebreos, árabes), sino, muy probablemente, de la presemita, tal vez congénere con la de los primitivos iberos; y á este mismo carácter debieron corresponder los elementos africanos (bereberes, nómadas) que con ellos entraron.

